

el autor comenta como psicólogo los aspectos básicos de la aserción de Henry Schäfer-Simmern, en el sentido que la intuición creadora en su esfuerzo por concebir ordenadamente la realidad, procede lógicamente desde los esquemas perceptivos más simples a los más complejos. En este sentido, Schäfer-Simmern ha mostrado ya en *The Unfolding of Artistic Activity* (Berkeley y Los Angeles, 1948) que la capacidad de "hacer arte" en la vida cotidiana, no es privilegio de unos pocos expertos poseedores de grandes condiciones, sino que dicha capacidad es parte del equipo que cada persona normalmente dotada de vista posee. Al psicólogo, esto le significa aceptar el hecho de que el estudio del arte es un capítulo indispensable en el estudio del hombre.

Por ello, el libro —según afirma el propio Arnheim— lo escribe porque observa el cansancio producido por el obscurantismo de la crítica artística, el juego de las palabras claves y los conceptos estéticos convencionales; como asimismo, por el exhibicionismo pseudocientífico y en el otro extremo, la manía por los epigramas. "El arte —concluye— es la cosa más concreta del mundo, y no hay justificación para confundir las mentes de las personas que quieran saber más sobre éste".

Pero si bien la utilidad del análisis de la obra considerada como un todo, como un esquema lleno de significación estructural, es valioso para el artista y el historiador, como lo es también para el esteta y el filósofo la discusión de los problemas de expresión, su falla principal reside, a nuestro juicio, no en el lenguaje excesivamente sobrio —por el cual se excusa el autor— sino en que nos deja vacíos tan grandes como los que Arnheim mismo pretende llenar; nos produce la sensación de haber hecho la disección fría e implacable de la obra y de la actitud del artista y del contemplador fren-

te a ella, pero nada nuevo nos agrega en lo relativo al conocimiento del misterio de la expresión, poco se adentra por la región de los orígenes mismos de la expresividad.

Porque no basta decir que las cualidades expresivas son los medios de comunicación del artista. Es necesario tratar de explicar qué es "expresión" y en qué consiste el fenómeno por el cual, a través de ella, se actualiza un mundo en un instante. Problema que sobrepasa la fisiognómica de la naturaleza o los problemas ópticos de la percepción visual.

ALBERTO PÉREZ M.

*Joseph L. Blau*, FILOSOFÍA Y ESCUELAS FILOSÓFICAS EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, Ed. Reverté, S. A., México, 1957, 444 páginas.

El libro de Joseph L. Blau, de la Universidad de Columbia (*Men and movements in american philosophy*, 1ª ed., 1952, 4ª 1955), recientemente vertido al castellano por el profesor Tomás Avendaño, ha venido a llenar una necesidad en nuestros medios especializados que hasta ahora sólo contaban con la obra de Herber W. Schneider, *Historia de la Filosofía Norteamericana* (Ed. F. C. E., Mexico, 1950).

Quienes en alguna forma nos hemos ocupado del pensamiento filosófico en Latinoamérica, sea por mero afán de erudición o por un inexcusable compromiso profesional, encontraremos en la obra de Blau el complemento indispensable para lograr una perspectiva que, a contrapelo, nos ayudará a comprender mejor las causas de algunas aventuras que en esta parte del hemisferio le cupo correr a la filosofía. Esto, por cuanto al establecerse un paralelo entre ambas culturas —la del Norte y la del Sur— descubriremos que no han sido los mismos resortes los que han

movido al pensamiento en su incesante afán por responder a las apremiantes preguntas de la filosofía.

Ya en el prólogo del libro que Blau ha intitulado *Historial de los puritanos*, encontramos una clave para descifrar algunas raíces del pensar norteamericano, no sólo en el aspecto filosófico, sino también en el religioso y político.

Es indudable que el antecedente espiritual puritano de la América del Norte, frente al nuestro católico eclesiástico, ha determinado dos actitudes muy diferentes frente a la vida y, paralelamente, ha conformado dos culturas con sus respectivos e irreductibles cuadros de valores. Los puritanos de la América del Norte eran cristianos protestantes de la rama calvinista. Pero aun dentro del calvinismo formaban dentro del grupo de los adictos a la teología del "Covenant" ("teología contractual"), que suavizaba el carácter arbitrario del Dios de Calvino para hacerlo gobernar con arreglo a una norma que, aunque divina, tenía la regularidad de la ley.

Las consecuencias de dicha concepción teológica se dejaron sentir en la confianza con que el hombre podía predecir los actos de Dios desde el momento en que el elemento del capricho divino había sido eliminado. Algo más: el estudio de la naturaleza era, como lo indicó Cotton Mather en *El Filósofo Cristiano*, "un método aceptable y aprobado de rendir homenaje a Dios" (p. 2).

Sin embargo, el interés del clero puritano por el estudio de los temas científicos era indirecto: guiaba a aquéllos el deseo de extraer enseñanzas morales y religiosas del conocimiento de la naturaleza. "Eran los cielos —observa Blau— como obra de Dios y la astronomía como almacén de ejemplos para los sermones y opúsculos sobre la Providencia de Dios, lo que interesaba a los puritanos" (p. 11). De ahí que la Nueva Inglaterra no contribuyera

con aportación científica alguna en tiempos en que en Europa el estudio de la naturaleza se desenvolvía dentro de un ritmo frenético.

La filosofía y las ciencias modernas fueron conocidas en Norteamérica a través de sus representantes ingleses John Locke e Isaac Newton. La importancia de ambos pensadores durante el siglo XVIII fue tal, que Merle Curti calificó al primero como al "filósofo de los Estados Unidos". A su vez, el historiador F. E. Brasch llamó al período prerrevolucionario "la época newtoniana de las colonias norteamericanas" (p. 14). Berkeley, como es sabido, visitó los Estados Unidos en 1729 en su calidad de obispo, entrando en contacto directo con algunos representantes de la filosofía y la Iglesia Anglicana. Samuel Johnson, de Yale, partidario —aunque con algunas reservas— de las ideas de Newton, mantuvo con Berkeley una serie de discusiones filosóficas que lo llevaron finalmente a renunciar a su posición por el peligro de ateísmo que encerraba y a abrazar el inmaterialismo del obispo anglicano.

Pero el nexo entre el pensamiento inglés y el norteamericano no se debilitó con la independencia de las colonias. Por el contrario, durante la segunda mitad del siglo XVIII —época que ha sido denominada de la "Ilustración" en los Estados Unidos— fueron las doctrinas políticas y sociales de los pensadores ingleses las que mayormente influyeron en un Jefferson, un Paine o un Rush, los tres portavoces más autorizados del espíritu de la Revolución y de la "Ilustración" norteamericanas. Ni el mismo Kant logró influir en la enseñanza de la filosofía en los Estados Unidos hasta ya bien entrado el siglo XIX, y sólo indirectamente a través de las obras del pensador inglés Samuel Taylor Coleridge. En la segunda mitad del siglo ya se notó un interés más acusado por el conocimiento de la filoso-

fía alemana, tarea en la que sobresale el profesor Laurens Perseus Hickok, que fue el primero en construir un sistema filosófico en los Estados Unidos. Sin embargo, Hickok aceptó también la teoría del conocimiento de Locke y algunas ideas de Hume al lado de las de Kant (p. 115).

La "biologización de la filosofía" —como ha intitulado Blau el cap. V de su libro— se llevó a cabo en Norteamérica debido a la influencia de las obras de Carlos Darwin y a la ampliación que de dichas teorías evolucionistas hizo Spencer. No se vaya sí a pensar que el evolucionismo, con sus graves consecuencias para la religión, haya sido aceptado de manera uniforme en los Estados Unidos. Durante más de un cuarto de siglo se sucedieron múltiples controversias que versaron principalmente sobre las conexiones entre la evolución y la teología, ya que "la aceptación de la hipótesis evolucionista pareció modificar la forma de pensar de los hombres acerca de Dios" (p. 180). En esta etapa científicista de la filosofía le cupo desempeñar un papel muy importante a Francis Ellingwood Abbot, representante del realismo científico, que partió de una crítica a William Hamilton —último exponente de la escuela escocesa— y en quien el método dialéctico de Hegel encontró una nueva forma de expresión.

En los capítulos siguientes (6 a 9) se ocupa de señalar las distintas corrientes del idealismo, el pragmatismo, el realismo y el naturalismo a través de sus representantes más genuinos. Los diferentes estudios monográficos que ofrece tienen la ventaja de estar insertados dentro de un dilatado contexto que les imprime sentido, iluminándolos históricamente. La rica versación filosófica del profesor Blau le ha permitido referirse a las más variadas direcciones adoptadas por el pensamiento norteamericano con la hondura

ra y el rigor indispensables para lograr una obra profesional.

El estudio sobre el idealismo de Josiah Royce, bastante conocido en nuestro medio por sus obras *El Espíritu de la Filosofía Moderna* y la *Filosofía de la Fidelidad*, así como el capítulo dedicado al pragmatismo (Peirce, James y Mead) —la filosofía "más claramente norteamericana en sus perfiles" (p. 263)—, resaltan por el interés de ambos temas y por ser este último —el pragmatismo— el que en buena cuenta ha incorporado el caudal filosófico norteamericano al pensamiento universal.

En el capítulo final se refiere a dos figuras ampliamente difundidas en nuestro idioma: al filósofo y poeta de origen español, George Santayana, representante de un naturalismo poético, y al maestro John Dewey, que insertó su método pragmático (instrumentalismo) en el cuadro mayor del naturalismo experimental.

MANFREDO KEMPF MERCADO

*Eduardo García Máynez, LÓGICA DEL JUICIO JURÍDICO. Fondo de Cultura Económica, México, 1955, 197 páginas.*

El autor aborda en este libro diferentes aspectos lógicos que se presentan en la formulación del Derecho. Los preceptos son examinados en su carácter de juicios, de acuerdo al mismo método que la lógica general aplica al estudio de las enunciativas. No se trata el contenido o materia de estos juicios, sino su forma y estructura, así como a las partes y elementos de la norma de derecho. Es sensible que el autor se guíe más bien por el método lógico de Husserl y Pfänder y no por el de algún logicista, lo cual le lleva a varias imprecisiones e inexactitudes.

Debido a lo amplio del tema haremos aquí sólo una ligera reseña de los diferentes capítulos.